

CAPITULO X.

Ardides femeniles.

DEJAMOS á Bartolomé Colon cuando en sus mocedades, creyéndose engañado por Estela, la aldeana de los alrededores de Génova, á quien amaba, deseoso de convencerse de la infidelidad de la jóven, fué por la noche, la víspera del día en que tenia que embarcarse con su tío y su hermano, á casa de la jóven, y ella, empleando todas sus artes femeniles, logró que no partiera.

Cristóbal fué, como recordarán mis lectores, á ver á la jóven, que segun le habia dicho la buena mujer que le habia obligado á salir de Génova, se habia escapado con su amante, y la encontró tranquila en su morada.

Al preguntarle por su hermano, le aseguró que no le habia visto, y entónces fué cuando el futuro descubridor del Nuevo Mundo volvió á ponerse en camino con direccion á la ciudad, oyó el cañonazo de leva, que indicaba la partida del buque, encontró á Diego, le pidió explicaciones, las obtuvo, rió con él, y corriendo precipitadamente á una lancha, pudo alcanzar el buque que mandaba su tío.

Estela le habia engañado.

Bartolomé habia ido á su casa, le habia pedido explicaciones de su conducta, y Estela habia logrado tranquilizarle.

—Pero vas á partir mañana, añadió con sentimiento.

—Sí, no tengo más remedio; he empeñado mi palabra.

—¿Es ese el cariño que me profesas?

—Te quiero tanto, deseo tanto tu felicidad, que voy á patir sin más objeto que asegurar nuestro porvenir. En estas expediciones suelen los buques genoveses encontrar á los corsarios de Berbería, luchan con ellos, y si se apoderan de sus embarcaciones, el premio del botin compensa los peligros á que se exponen los audaces marineros que provocan sus iras.

—Si algo vale mi amor, te suplico que no partas, dijo la jóven.

Bartolomé pidió recursos á su imaginacion para vencerla, y viendo Estela lo inútil de sus ruegos, recurrió á la astucia.

—Si es ya cosa resuelta, vé, por más que yo quede muy afligida.

—Yo te aseguro que volveré.

—¡Dios sabe!

—Tu recuerdo me dará valor para luchar, y venceré.

—¿Y cuándo es la partida?

—Mañana al romper el alba.

—¿Esto más?

—No hay remedio; apenas amanezca tenemos que estar todos en el buque, porque el primer rayo del sol coincidirá con el cañonazo de leva.

—¿Y piensas separarte de mí pronto?

—Ahora mismo; tengo necesidad de prevenir aún muchas cosas.

Estela jugó el todo por el todo.

—Cenemos ántes, le dijo.

—Es que no puedo detenerme.

—¿Te pesa tanto robar una hora al sueño para mí?

—No, mujer; sea tu voluntad.

Estela puso la mesa y Bartolomé se sentó.

La jóven le sirvió un jarro de vino, y puso á su lado otro de agua.

Preparada de antemano, habia echado en el vino un narcótico; obligó á Bartolomé á que bebiera, y éste, al terminar la cena, se encontró mal.

—Me siento muy cansado dijo, tengo sueño.

—¿Por qué no descansas un momento?

—¡Oh! No, quiero partir. . . . ¡qué pesadez! Parece que me arden las sienes.

—Eso se pasará pronto: descansa un rato.

—Sí, creo que debo hacerlo. No sé lo que me pasa.

Maquinalmente se dirigió á un aposento inmediato, dejándose caer sobre un lecho.

—¡Ya es mio! exclamó Estela.

Y cerrando la puerta de la habitacion, se disponia á su vez á descansar, cuando llegó Cristóbal.

Respondió á sus preguntas con la mayor serenidad, y no tardó en convencerle de que no estaba allí su hermano.

Al dia siguiente, despues de diez ó doce horas de un sueño profundo, despertó Bartolomé.

Al despertar halló á su lado á Estela.

—Debe ser ya muy tarde, exclamó Bartolomé. Tal vez me esperan en el puerto, voy á partir.

—Es inútil que vayas; la embarcacion ha partido.

—¿Qué dices? exclamó Bartolomé incorporándose en el lecho.

—Has dormido mucho tiempo. He querido despertarte muchas veces; pero mis esfuerzos han sido inútiles.

—¡Dios mio, Dios mio! ¿Qué es lo que he hecho? Pero no puede ser.

Y levantándose:

—Voy á ver si aún es tiempo.

Y sin oir los ruegos de la jóven, partió á Génova.

Allí se convenció de que Estela no le habia engañado.

¿Cómo volver à presentarse á su tio?

¿Qué pensaria de él?

Estas consideraciones le entristecieron sobremanera, y notándolo Diego, su hermano, hizo lo que habia hecho con Cristóbal: le reveló la verdad.

Se habia puesto de acuerdo con Estela para impedir su marcha.

Al saber la verdad, se indignó contra la jóven y contra su hermano.

Aprovechando la salida de una de las carabelas que iba con rumbo á España, se embarcó sin decir nada á nadie, resuelto á realizar su propósito de hacer fortuna, para volver, y perdonando á la jóven, hacerla su esposa.

A los dos dias de navegacion fué la carabela apresada por un corsario berberisco y cautivados todos los que iban en ella.

Conducido à Argel, permaneció dos años en el cautiverio, sufriendo toda clase de penalidades, y sin atreverse á dar cuenta á su padre ni á su tio de la situacion en que se hallaba.

Al primero por no martirizarle poniéndole en la triste situacion de ver que no contaba con recursos para obtener su libertad, y al segundo porque, despues de la falta que habia cometido, le creia indignado contra él.

Al cabo de dos años los misioneros le libraron con otros cuantos, y volvió á Génova deseoso de ver á Estela, á quien no habia olvidado un solo instante, y á quien amaba con más vehemencia que nunca.

Sus esperanzas debian frustrarse.

Al llegar halló dos tumbas.

La de su padre.

La de Estela.

Su hermana Marieta se habia casado con un operario de la casa, y no encontró más que á Diego.

Los dos hermanos, al verse, olvidando antiguos rencores, se estrecharon, y Bartolomé, teniendo noticias de que su hermano Cristóbal estaba en Portugal, se dirigió á Lisboa con ánimo de verle.

Despues de buscarle durante algun tiempo, logró encontrarle en los momentos en que comenzaba á acariciar su idea de hallar un nuevo y directo camino á la India.

Inteligente marino, entre ambos estudiaron bajo todos los puntos de vista la cuestion, y Bartolomé no tardó en participar de las esperanzas de Cristóbal.

Como Cristóbal estaba pobre y vivía del escaso producto que le proporcionaban los mapas que hacia y los globos que fabricaba, Bartolomé, aguardando mejor ocasion, logró que le admitieran en un buque portugués é hizo algunos viajes hácia la costa de Africa.

A su vuelta aumentó las esperanzas de Cristóbal con los datos que le llevó.

Convencido de que podia realizar su propósito, necesitaba la proteccion de un soberano.

Bartolomé á quien no se ocultaban las dificultades que encontraria para alcanzar la proteccion del rey de Portugal, deseoso de facilitar á su hermano los medios que necesitaba, salió en un buque con direccion á Inglaterra, resuelto á implorar en favor de su empresa el auxilio del soberano de la Gran-Bretaña.

Tambien tuvo la desgracia en aquel viaje de encontrar un corsario, que trató de apoderarse de los tripulantes de su navío.

Se trabó una pelea encarnizada, y herido aunque levemente, cayó en poder del corsario.

Resuelto á morir ántes que volver al cautiverio, ideaba los medios de encontrar la muerte cuando en las costas de Berbería estalló una espantosa tempestad, y el huracan, agitando el buque corsario como si fuera una paja, le llevó á gran distancia, haciéndole encallar en una costa.

Todos los prisioneros fueron abandonados por los berberiscos.

Los cautivos visitaron la playa y vieron que era una isla completamente deshabitada.

El temor de que volvieran á buscarlos los sarracenos les hizo resolverse á morir ántes de consentir que pusieran á su cuello la cadena del esclavo.

Alimentáronse con las provisiones que les habian dejado, y á los pocos dias vieron á lo léjos una embarcacion.

—Son nuestros enemigos que vienen á buscarnos, exclamó uno de ellos.

—Ha llegado el momento de realizar nuestros designios.

—Sí, dijo Bartolomé, pero no debemos buscar la muerte en el suicidio, sino en la lucha. Peleemos con ellos brazo á brazo; si los vencemos, nos apoderaremos de su embarcacion y nos salvaremos. Si no, solo podrán sacar de aquí nuestros cadáveres.

El buque fué acercándose á la costa, y al estar próximo, vieron Bartolomé y sus compañeros con inmensa alegría que era una embarcacion portuguesa.

Pidieron auxilio, y media hora despues llegó á la orilla un bote con unos cuantos marineros.

Era un buque mercante portugués, que habia visto á lo léjos al corsario y habia buscado allí un asilo.

Tomó á bordo á los prisioneros, se dió de nuevo á la vela

pudo evitar la vigilancia del corsario, y diez dias despues llegaron los infelices, que no esperaban más salvacion que la muerte, á las aguas del Tajo.

Bartolomé buscó á su hermano.

Llegaba tarde.

Cristóbal, desahuciado por el rey de Portugal, y habiendo experimentado la terrible pérdida de su esposa Felipa, despues de haber permanecido en la capital algun tiempo, habia, partido con su hijo Diego en direccion á España, implorando la caridad pública.

Bartolomé estaba tambien en la mayor miseria.

En esto supo que iba á partir una pequeña escuadra al mando de Bartolomé Diaz, ilustre marino portugués, con el objeto de hacer descubrimientos, y se incorporó á ella.

CAPITULO XI.

Donde se cuenta cómo asistió Bartolomé Colon al descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza.



DEDECIENDO Bartolomé Diaz al espíritu de la época, iba á buscar los medios de aumentar el tráfico entre la India y Portugal.

Impulsado por los vientos se dirigió hácia el extremo meridional del Africa, y al cabo de una porcion de dias de navegacion llegó á descubrir el vasto territorio, á que dió el nombre de Cabo de Buena Esperanza.

Este cabo está situado sobre una superficie de cerca de cinco mil doscientos veinticinco miriámetros cuadrados, y le rodean los países de los namacuas, de los korannas, de los hotentotes y de los cafres.

El mar de las Indias baña al Sur sus orillas, y al Oeste el Atlántico.

Eran sus habitantes completamente salvajes.

Formaban tribus errantes y sin civilizacion de ningun género, y no se unian más que cuando tenian que defenderse de algun enemigo, ó cuando se aprestaban á visitar alguna comarca vecina para saquearla.

De horrible aspecto, de nariz aplastada, de pómulos salientes, de cabello corto y rizado, la expresion de rostro era siniestra, y en sus facciones se veia pintada la fiereza y el vicio.

Las mujeres eran aún más feroces que los hombres.